

Juliana Hermil

## Meditaciones breves

EMBAJADAS DE BUENA VOLUNTAD



EMBAJADAS de buena voluntad han partido de los rascacielos rumbo a las casas bajas. Primero fué Lindbergh, efebo alado, que esconde, como los griegos de Pericles, bajo la gracia que parece espontánea, el esfuerzo metódico de la inteligencia y del músculo. Después, otros y otros hasta Hoover que elige para transportar su rama de olivo el casco formidable de un acorazado.

¡Paz a los hombres de buena voluntad!, promete el Evangelio cristiano. ¿Estos embajadores llevarán de verdad entre los pliegues de su toga la paz o la guerra? ¿O su buena voluntad será al mundo como los ideales son al hombre, es decir, índice del bien que anhela, pero no del que es capaz de realizar?

Aún se estremecen las ondas trasmisoras de los discursos de Hoover y ya resuena el corazón bronceado de la América con el rebato guerrero. Bolivianos y paraguayos retroceden hacia Abel y Caín. En el momento en que

esto escribimos, parece que la cordura vence y que acaso se evite la guerra.

¡Una guerra por dificultades fronterizas! ¿No es algo arcaico, primitivo y casi salvaje? Una indiada. Y ha estado a punto de suceder, y si se la ahuyenta hoy, ¿estamos seguros de que no venga mañana? Todavía, pese a los aparatos que captan para esparcirlo por las naciones el hasta ayer efímero soplo de la voz humana, pese a los artefactos devoradores de distancias, pese a la sincera obra de fraternidad intelectual, este troglodita que todos escondemos debajo de nuestra capa de civilización, aulla hambriento de carne humana.

Cuando la Liga de las Naciones y otras entidades por el estilo adoptan conclusiones de propaganda pacifista, yo me pregunto si sus esfuerzos no van desorientados. La guerra y la paz, ¿no las llevamos todos en el pecho? La guerra es la vuelta a la barbarie, a la violencia y al canibalismo. ¡Cúbrasela con el lábaro más santo! Llámese a éste patriotismo—aunque el amor a la patria debe y puede expresarse de otro modo—; llámesele salvamento de la civilización (frase que tanto escuchamos mientras se devoraban unos a otros los ejércitos a las orillas del Marne), en el fondo no es sino el desencadenamiento de los instintos salvajes. El sub-consciente antropófago que ahoga al civilizado amante de la paz y respetuoso de la vida humana.

Cometeríamos una injusticia hacia el troglodita insinuando que sólo se gozaba en la acción bestial, porque junto a tales furros, alboreaban sentimientos que, desarrollándose en el devanar de los tiempos, han hablado por las bocas de videntes, de sabios y de poetas. Más cerca del

bruto, creía indispensable matar para defenderse. Sin embargo, en el bajo pueblo hoy día, ¿no existe esa misma tendencia, no hay también igual desprecio por la vida humana? ¡Una puñalada! ¡Con qué facilidad se hunde en la entraña! Un niño que se muere. ¡Qué importa! ¡Un angelito más al cielo!

La yacija de la guerra ahí se esconde: en los instintos, cuanto menos frenados por el trabajo intelectual, más dispuestos a lanzarse como perros rabiosos. Los embajadores de la buena voluntad, los querría ver yo llegar hasta el lagar de la raza, que no quedaran flotando sobre las ondas superficiales, sino que tocasen fondo y bajasen hasta el pueblo de instintos contumaces.

Vienen de los rascacielos soberbios, engreídos de su poder y de su riqueza. Y valdría preguntarse si no necesitan sus habitantes, más que los nuestros, tímidos y débiles, predicadores de buena voluntad. Porque cuando se exuda fuerza, si los frenos de la cultura no son recios, saltan hecho pedazos por los instintos.

La guerra y la paz en todo el mundo es tema de educación. ¿Emprenderemos alguna vez la cruzada de cultura profunda que hace falta para redimirnos?